

Accésit

Sara Pomeda Rodríguez

Volver, volver. 1939-2023



Sí, he vuelto, he vuelto ahora con otras formas, con otro cuerpo. ¿Con otro cuerpo? Es que tengo tantos años, tantos años... que ya ni cuerpo tengo.

Yo no vine voluntariamente, porque en casa me estaban esperando ellos para detenerme, para traerme aquí.

Yo volvía de segar la hierba, que ya la del año pasado estaba agotada, y la vaca que teníamos, pues si no le dabas hierba, ella no daba leche. Ahora, con un saco de pienso se soluciona, pero entonces... ¿Quién tenía dinero entonces para piensos? Y, aun así, con la leche, la hogaza de pan y las pocas patatas que sacábamos, los rapaces iban creciendo, un poco consumidos, pero no había más, si acaso una gallina de vez en cuando de esas que dejan de poner, y un par de huevos fritos para todos, compartidos, que los demás huevos, si había una docena, se vendían a ellos, a los que fueron a buscarme, o a sus familias, a los que tenían de todo en abundancia.

Nosotros, así, teníamos alguna vez para un litro de aceite. Eran otros tiempos, tiempos de mucha escasez, de mucha pobreza, porque en casa éramos seis, los tres rapaces, la María, la abuela y yo.

El caso es que la memoria me falla un poco, pero al mirarlos, su cara tan seria, de amenaza, para imponer su miedo a cualquiera que los mirara, allí plantados, delante de la casa, esperándome. Ya han pasado 84 años, pero a pesar del tiempo no se me olvidó jamás.

Y digo que he vuelto, pero no es verdad, como la otra vez, entonces fueron ellos los que me trajeron, los que nos detuvieron a mí y a otros cuantos solamente por estar afiliados a un sindicato. ¡Ya veis qué delito!, que si no estabas afiliado no podías trabajar, porque yo entonces ninguna idea política tenía...

En aquellos años este centro donde estoy hoy era una cárcel, y aquí nos trajeron, sin explicaciones, sin motivo justo, a otros muchachos del pueblo y a mí. Digo "muchachos" porque todos los que detuvieron eran jóvenes, muy jóvenes, dejando el pueblo sin vida. En la mayoría de las casas quedaron padres ancianos y esposas recién estrenadas en el matrimonio, en la maternidad, solas, sin ninguna ayuda.

Cuando llegamos aquí estábamos como sardinas en lata, pues había muchos detenidos, muchos de nuestro pueblo y otros de pueblos cercanos. A los compañeros del pueblo y a mí nos llevaron, unos días después, hacia el cementerio de Colmenar Viejo y allí fue donde, sin piedad ninguna, sin temor de Dios, ellos, tan religiosos, tan de misa diaria, nos fusilaron; incluso en domingo hubo fusilamientos, por rojos, por querer una vida mejor para los nuestros.

Pasó tiempo, mucho tiempo, en las familias no se hablaba de esto porque había temor a sus represalias. Por cualquier cosa que no les pareciera bien, te llevaban a la cárcel, sin tener motivo alguno. Y así, años y años, sin libertad ninguna.

Pero en esta vida nada es eterno, y un feliz día llegó la democracia a España y, poco a poco, la parte de la Historia que nadie había contado se empezó a conocer. Se fueron conquistando derechos perdidos, volvieron las reuniones, las protestas, las banderas y abanicos de colores, las manifestaciones, las fiestas y conciertos sin restricciones... y elecciones. En fin, como en cualquier democracia, ha habido gobiernos de derechas, de centro y de izquierdas.

Con un gobierno de izquierdas llegó la ley de Memoria Histórica, y empezaron a cambiar muchas cosas. Autorizaron nuestra búsqueda, nada fue igual, se abrieron archivos ocultos, se descubrieron datos, sentencias... Las familias sabían dónde estábamos, siempre lo habían sabido, pero las bocas han estado demasiado tiempo cerradas y selladas, porque en fechas pasadas era lo mejor, lo más prudente.

Autorizaron la apertura de fosas comunes. Al descubrir nuestros huesos también fueron saliendo otros objetos: unas albarcas, un mechero, un tubo de insulina, botones, monedas, dentaduras postizas... y huesos, muchos huesos. Poco a poco, con paciencia infinita, con calor, con frío, con sudor y muchas, muchísimas lágrimas, pues fueron muchos familiares los que acompañaron al grupo de investigadores, arqueólogos y antropólogos, que exhumaron los restos humanos, clasificándolos con sumo cuidado, ordenándolos, individualizándolos en pequeños contenedores, para que en poco tiempo se pueda investigar, a través del ADN, a quién pertenecen, para entregárselos a los familiares.

Nos trajeron aquí, al hoy Centro Cultural Pablo Neruda, que en 1939 era la cárcel, donde estuve tan triste y con tanto miedo. Y ya veis, aquí estoy de vuelta esperando que puedan ligarme a mi familia.

Hoy, con mis pocos huesos, viejos, cansados, estoy de vuelta. Entonces esperé el triste final, hoy sé que me llevarán con mi familia, con los míos, los que nunca perdieron la esperanza de encontrarme, los que siempre deberían haber podido honrarme y homenajearme, como homenajearon a los "otros", los caídos por Dios y por España. Yo también caí, por la paz, por nuestro país, por todos.

Violeta